

LA VOZ DE LA CARIDAD.



NUM. 39.—15 de Octubre de 1871.

*Dios es caridad. (San Juan,
Epíst. I, 4, 8.)*

LOS POBRES VAN A TENER MUCHO FRIO.

No hace muchos días conversaban dos personas sobre la desdicha de los que sufren en la miseria. Tenían enfrente un grupo de árboles, que á pesar de su corpulencia y abundante riego, perdían la hoja; el suelo estaba cubierto de ella, y el ramaje verde y amarillo, empezaba á abrir paso á los rayos del sol.

La última época del año, como la última hora del día, es melancólica: la conclusion de las obras del hombre es difícil, las de Dios no tienen fin; pero al terminar cada una de sus fases, parece que encierran una lección severa ó un recuerdo doloroso: todo lo que se acaba nos entristece.

Los dos amigos guardaron silencio un largo rato; fácil era comprender con solo mirarlos, que del árbol de su vida se habían desprendido muchas hojas que no volverían á retoñar. La proximidad del invierno, en vez de traerles á la memoria los salones brillantes, las reuniones entretenidas ó instructivas, los teatros, con los espectáculos de magia que hablan á los ojos, ó las armonías de la música que hablan al corazón, la proximidad del invierno les recordó cuánto en él se agrava la desventura de los que, sumidos en la miseria, padecen hambre y desnudez; y entablaron un diálogo, que vamos á transcribir, sin mas diferencia que la de alguna frase que no hayan recordado los interlocutores con toda exactitud; diálogo que empezaba con las palabras que sirven de epígrafe á este artículo.

—«¡Los pobres van á tener mucho frio!

—Sí, el trabajo escasea; los mantenimientos suben de precio; las vicisitudes de los tiempos, ponen en la categoría de necesitados los que no ha mucho socorrian necesidades; los haberes disminuyen; y

aumentándose el número de los que necesitan caridad, y reduciéndose el de los que pueden ejercerla, si no se aviva en estos mucho, parecerá como que se acaba.

—Escrito está que no se acabará nunca, pero hay ocasiones en que se entibia bastante. Como somos limitados para todo, lo somos tambien para compadecer; y nuestra compasion, no pudiendo abrazar igualmente todo género de desventuras segun la manera de ser del compasivo, se fija mas bien en una desdicha que en otra. La de sentir frio y no tener con que abrigarse, no sé si porque á mí me hace daño, es de las que me inspiran mas lástima; y al acostarme bajo las cubiertas que se van aumentando segun baja la temperatura, me acuerdo siempre de los que al pisar el hielo no pudiendo decir: Me abrigaré mas, dicen: sufriré mas cruelmente.

—Ese recuerdo es algo parecido á una oracion, yendo, como yo sé que va acompañado en V., de esfuerzos para remediar el dolor que compadece.

—Esfuerzos inútiles, no he hallado una sola persona que quiera secundarlos.

—¿Ni una sola?

—Ni una. El frio de los pobres que no tienen ropa, parece haber pasado al corazon de los que pueden dársela. Pero no será así, sino desgracia mia de no haber hallado las muchas personas que sin duda compadecen esta desdicha, que tanto me afecta, y falta de elocuencia para espresar y hacer sentir lo que siento, al ver que los caballos tienen manta, y hay muchísimos pobres que no la tienen.

—La razon de que nos hallemos tan solos á veces cuando tratamos de hacer bien, suele estar en la ligereza de los otros, y en la falta de perseverancia nuestra. Todos tenemos propension á llamar imposible lo que no hemos podido realizar con un pequeño esfuerzo. ¿Por ventura es cosa mas fácil ser *benéfico* que ser abogado, médico ó arquitecto? Y no obstante, ¿quién emplea en buscar medios de hacer bien, la centésima parte del tiempo que gasta en buscar los de hacer fortuna? ¿Quién entiende por *educarse* mejorar su corazon con la práctica de la virtud, á medida que eleva sus ideas con las verdades de la ciencia? ¿Quién no está mas dispuesto á mirar el mundo como una mina que se explota, que como una sociedad á la cual se contribuye? ¿Quién imagina que para ser hombre grande no le basta recibir aplausos, y que ha menester ser bendecido? ¿Quién cuenta entre sus precisas ocupaciones la de consolar? ¿Quién ve que en el mundo moral hay montes de egoismo, mas precisos y mas dificiles de perforar que las entrañas del Mont-Cenis? ¡Oh! amigo mio: Yo me acuso el primero de este gran pecado, pero la verdad es que dedi-

camos poco tiempo á ser buenos, y por eso el mal nos opone tan poderosa resistencia.

—Tal vez tiene V. razon; tal vez no he insistido tanto como debía en pedir mantas para los pobres que no las tienen, citando el ejemplo de otros paises, en que hay Asociaciones que se dedican á darlas á la entrada del invierno, y las recojen en la primavera para evitar la tentacion de que en el verano, que no hacen falta, pasen á la casa de préstamos ó sean vendidas. Redoblaré mis esfuerzos, pediré á los que puedan dar, recordaré á los que olvidan. Si todos los que pueden dijeran: Corre de mi cuenta el abrigo de un pobre, no los habria que no tuvieran mas que el techo para guarecerse de las heladas de diciembre.

—Trabajemos con buen ánimo; mas de una vez el esfuerzo que se hace despues de haber formado el propósito de no hacer ya ninguno, es coronado de éxito. ¿Queremos asociarnos para dar mantas á los pobres? digámoslo á todos los que puedan repetirlo, y comuniquemos nuestro pensamiento á LA VOZ DE LA CARIDAD, que no podrá menos de mirarle como suyo.

—No me parece mal la idea. ¿Se encarga V. del artículo?

—El artículo está hecho con escribir esto mismo que estamos diciendo.

—Sea en buenhora, y que nuestras palabras hallen eco, y que todos los corazones donde hay un poco de calor, se acuerden *de que los pobres van á tener mucho frio.*»

LA VOZ DE LA CARIDAD acoge con amor el pensamiento formulado en el diálogo que precede, y le recomienda eficazmente á sus lectores, rogándoles que procuren sea conocido por todas las personas que se hallen en situacion de contribuir á él. El que no puede dar una manta nueva, podrá tal vez dar una usada; el que no pueda asociarse materialmente y dar trabajo personal, puede dar una limosna (1).

Concepcion Arenal.

BENEFICENCIA DE LOS ANIMALES.

Al tomar la pluma para justificar y esclarecer el precedente epígrafe, tan lejos estamos de los que, por exceso de soberbia, ó falta

(1) Noticia de las personas que quieran asociarse á esta obra, ó limosnas en efectos ó en metálico, se reciben en la redaccion de LA VOZ DE LA CARIDAD, Dos Amigos, 10, segundo izquierda.

de ciencia, consideran á los animales como cosas puestas al servicio y caprichos del hombre, como de los que, sentimentales por demás, se espeluznan al saber que el cazador mata una perdiz ó el cocinero degüella un cabrito. Sabemos que hay quien defiende que el hombre es señor absoluto de todo lo criado, y que no ha faltado quien llame á los pájaros sus hermanos; pero esas cuestiones son ajenas á nuestro actual propósito, reducido á manifestar, que hasta los séres que denominamos brutos dan pruebas insignes de que tienen beneficencia.

Con ser tanto y tan sublime lo que se ha escrito acerca de los animales, nunca se pensará lo bastante, ni llegaremos á descifrar ese arcano de las obras del Criador. No en vano derivó la antigüedad el nombre de estos séres de *ánima*, denominacion que se conserva, á pesar de las varias ideas y de las singulares teorías que se han espuesto en el asunto. Los filósofos primero, los teólogos despues, y los naturalistas mas tarde, han discutido enormemente sobre ello; y todavía estamos muy lejos de conocer cuál es el alcance de cada uno de los eslabones, que forman la cadena estensa del reino animal.

Conocemos algo de la lealtad del perro, de la astucia de la zorra, de los asaltos geométricos del gato, del cuidado maternal de la clueca, de la industria de castores y abejas, y de los sentidos esquisitos del buitre, del lince y del elefante. Se han publicado historias de animales sabios; y el omniscio benedictino Feijoo, ha intentado probar, que el sabueso que busca á su amo hace silogismos, y que burros como Cambriles cuentan los dias de la semana. Y sin embargo, es infinito lo que se ignora sobre las facultades de ciertos animales, en los que parece distinguirse algun género de mérito, que no en todas las acciones humanas se encuentra.

¿Hay ejemplos de actos conscientes en algunos de los que llamamos irracionales? ¿Se puede creer que en los brutos exista la beneficencia? Dos casos conocemos en la villa y corte de Madrid, que vamos á poner en conocimiento de los lectores de LA VOZ DE LA CARIDAD, para que juzguen del motivo y fundamentos de este breve artículo, y se fortifique en su fe de amor al prójimo.

A deshoras de la noche se oye un ruido extraño y lastimeros alaridos en la puerta del número 12 de la calle de Isabel la Católica. Aún no se han acostado los inquilinos de uno de los cuartos, quienes alarmados, descienden á averiguar el motivo de aquella rara novedad. Hacen que el portero abra el postigo, y se entra por él un perro chorreando sangre, lleno de heridas y con marcadas muestras de buscar amparo. La señora de la casa, compasiva por carácter y por hábitos, y el esposo, no menos acostumbrado á hacer favores,

disponen que les suban el animal á su habitacion, donde lo lavan y curan con esmero. Repítase la operacion lo necesario en los dias siguientes, y al cabo de algunos, tienen la complacencia de ver curado al perro, que con su lengua, cola, y movimientos, se afana en significar cuánto agradece el beneficio.

Quando los amos proyectaban conservar como suyo animal tan bueno y reconocido, un dia le echan de menos; dan pasos en su busca, y no logran encontrarlo. ¡Qué de comentarios sobre la estraña desaparicion! ¡Cuántas conjeturas y cálculos favorables unos, y contrarios los mas á la conducta del perro! Así pasan semanas y aun meses, hasta que otra noche se repiten á la puerta los alaridos de marras. La voz que ahulla es reconocida: todos se precipitan á abrir, ansiosos de averiguar la causa de la marcha y de la vuelta: otra vez, se dicen, viene el animalito herido, y acude á la que reconoce como casa de socorro.

Se engañan, sin embargo, en mucho los bienhechores del can. No llega enfermo, ni pide nada para sí: trae á otro compañero herido, y lo hace entrar en el portal, festejando á los amos mas que nunca, y como diciéndoles: «Pues que mostrásteis vuestra bondad curándome en otro tiempo, ejerced la caridad con este can mi amigo, no menos necesitado que yo lo estaba.» Los Señores creyeron oír esta plegaria en las caricias del introductor del nuevo acogido, y repitieron sus cuidados. No se concibe que haya naturalista, ni filósofo, ni hombre de buen seso, que esplice de otra manera la conducta del perro sano, que concediéndole alguna dosis de beneficencia.

El otro caso es de un verderol canoro, que tiene en jaula un vecino de la calle de Cedaceros: podríamos señalar el número, el cuarto y el nombre del dueño, si no temiéramos ofender su modestia y sacar á plaza intimidades domésticas. La jaula se coloca por el dia en un balcon que da al jardin, porque el Señor es muy cuidadoso de sus bichos, y al pajarillo le proporciona todo género de comodidades compatibles con la reclusion. ¿Quiere saber el lector cómo ha descubierto el verderol sentimientos benéficos hácia sus semejantes? Pues oiga la historia del hecho.

Cañamones caidos de la jaula escitaron el apetito de gorriones hambrientos, que andaban por entre los árboles y plantas del jardin. Observando los merodeadores, que el regalado alimento no salia de cierto espacio, hubieron de reconocer que el depósito estaba cerca: registraron en derredor, vieron caer del balcon algunos granos, se acercaron, y encontraron aún mas provisto el suelo de la ventana. Desde aquí, ya sintieron caer de cerca otros cañamones que derra-

maba el preso, al tomarlos para sí del comedero; y con mayor atención oyéron píar y chirlolear al pajarillo. Este, aunque resignado en su encierro, vió y escuchó con júbilo á los vecinos libres; quiso comunicar con ellos, y los invitó á que se acercasen con acentos tiernos y amorosos. Algun atrevido gorrion posó junto á la jaula; y encontrando en los bordes exteriores de la tabla solera otros cañamones derramados, en un momento de hambre ó de arrojo, se agarró con sus patitas á la jaula para cojer la descubierta provision. El verderol, que sintió tan próximo al huésped alado, se le acercó por lo interior de los alambres con mucho modo, y lejos de espantarle, le acarició ejecutando mil movimientos y trinos placenteros. Coloquios repetidos una y otra vez establecieron relaciones de mútua confianza, quitando el miedo á los recelosos y astutos advenedizos, que acudian á rebuscar los relieves de la mesa del abastecido prisionero.

Hasta aquí todo es sencillo, trivial; pero ved cómo el verderol despliega sus facultades de benevolencia, y afectado de que los gorriones vivan de desperdicios, los convida á que compartan con él la regalada racion de que dispone. Toma en su pico un cañamon granado, y sacándolo por entre los alambres, se lo ofrece y da alborozado al mas cercano comensal; y éste obsequio se repite mientras hay cañamones que regalar, y voladores que los acepten. El cautivo verderol, trasformado en padre de familia, se afana por alimentar á los que llegan, imitando á aquellos pájaros sueltos, cuyo nido ha enjaulado el hortelano en un árbol contíguo, que prosiguen criando á sus hijuelos, llevándoles el alimento por entre los alambres. Observando el dueño, admirado y conmovido, la generosidad de su músico pajarillo, quiere facilitarle el ejercicio de la cualidad envidiable, y se establece una competencia encantadora; el hombre ostentando esplendidez en proveer el comedero, y el verderol no quedándose atrás, distribuyendo cuanto le sobra. ¡Qué ejemplo tan sublime de beneficencia en un animal!

A quien se le ocurra objetar, que en estos hechos no hay sino meros instintos de egoismo, y puras sensaciones de interés propio, le replicaremos: que ni el perro, aunque fuese su hembra la que presentaba á la cura, pudo hacerlo sin conocimiento de que prestaba un beneficio, ni el verderol, complacido con la sociedad de los forasteros, aun de diferente sexo, cabia que desconociese, que el medio mejor de agradar, de atraer, y de escitar el amor, es hacer bien á sus semejantes. Y cuando tales sentimientos ha puesto el Hacedor en los cuadrúpedos y en las aves, parece imposible que falten en el hombre, si este no se rebela apasionado y pervertido contra las leyes de la naturaleza. ¿Aspira nuestro amor propio á la supremacía de

todos los que viven sobre la tierra? Pues mostrémonos dignos de ella, no maltratando á los animales domésticos, y ostentemos además la caridad, que es el amor de Dios y de sus criaturas.

Barajas 6 octubre 1871.

Fermin Caballero.

EL POBRE DEL CAMPO.

(Conclusion.)

En el artículo anterior (véase núm. 37 de esta Revista) espusimos la situacion del pobre del campo, cuyas condiciones, tan distintas de las del pobre de la ciudad, le hacen digno de la atencion de las almas compasivas. Réstanos presentar algunas indicaciones sobre el modo de aliviar las penalidades de esa situacion.

Conviene ante todo fijarnos bien en la condicion mas notable que resalta en la vida del hombre de campo. Tal es el aislamiento; sin que para aplicar esta palabra sea preciso que nos le representemos siempre habitando una casa de labor en despoblado, con su familia por única sociedad. Aislado, bajo el punto de vista de la beneficencia, está el labrador de la tierra, no solo cuando vive en casa separada del pueblo, sino cuando reside en aldeas, rodeado de personas tan ignorantes y tan pobres como él, y sin tener el apoyo de otras que por sus condiciones puedan prestarle amparo material y moral.

De esta circunstancia surge en primer lugar una grande dificultad para el socorro. En la ciudad todo es hacedero y espedito, habiendo buena voluntad. Una persona de sentimientos caritativos no está generalmente sola: entre sus amigos y convecinos puede hallar facilmente quienes los tengan iguales, y de aquí la facilidad de la asociacion, poderosa lo mismo para las grandes empresas que para las sencillas y modestas de la caridad. En las ciudades hay recursos de inteligencia y de dinero, que escasean en las aldeas; y hasta la influencia moral sobre el pobre, tan provechosa para contribuir á su mejora, se desarrolla naturalmente con los pobres que tenemos á la vista en nuestra vecindad, ó acaso en nuestra misma casa, pero es tardía y poco eficaz con esos obreros de la tierra, á quienes raras veces podemos ver, y casi nunca tratamos con alguna intimidad.

Dada pues esta base de aislamiento, el medio principal de desarrollar la caridad en el campo depende de una cosa muy sencilla: de que los propietarios visiten con mas frecuencia sus posesiones y vi-

van mas en ellas, ó al menos se ocupen de lo que en ellas pasa con mas asiduidad de lo que lo hacen en el dia, distraidos con la vida placentera de la ciudad.

Es verdaderamente lamentable y digno de llamar la atencion lo que sobre este punto sucede entre nosotros. En todas las demás profesiones y medios de crear la riqueza y de fomentar la produccion, el hombre, por su propio interés y sin escitacion de nadie, lo vigila y dirige personalmente, haciendo de ello su principal ocupacion. Asi se ve que el comerciante no abandona á manos ajenas su escritorio y su almacen, ni el industrial su fábrica. Solo en la agricultura se ve el fenómeno de que cuanto mayor es la riqueza que el propietario puede explotar, mayor es el abandono en que la tiene. Se limita á cobrar las rentas de los arriendos, ó percibir directamente el importe de los productos cuando los tiene confiados á un administrador asalariado.

En este sistema de negligencia hay un perjuicio grande para sus propios intereses: la agricultura, abandonada á manos subalternas ó rutinarias, no recibe mejoras, y todo lo que el estudio de la ciencia agronómica va inventando para perfeccionar el cultivo queda perdido para el propietario indolente. No parece sino que la tierra es una productora automática que no sea susceptible de perfeccion, cuando es todo lo contrario, pues apenas hay ramo de riqueza en que mas pueda irse progresando con el estudio, con el cuidado, y con una laboriosidad inteligente.

Pero además de este perjuicio material hay otro moral. El propietario que olvida sus fincas, olvida mas aún á sus colonos y braceros; y mientras tal vez en la ciudad donde vive da limosnas, pertenece á sociedades benéficas y se ocupa algo de caridad, descuida el ejercerla con los que emplean su trabajo en producir esa riqueza que le mantiene.

La primera consecuencia de esto es que el jornalero no tiene á su amo cariño, sino temor; y de esta frialdad de relaciones es facil que, al impulso de las propagandas socialistas con que se pervierte la inteligencia sencilla de los aldeanos, broten esas ideas absurdas de reparto de bienes, de nivelacion de derechos, y de envidia amenazadora, que tanto alarman á los Gobiernos y á los hombres pensadores.

Los propietarios rurales se lamentan, como todos, de esa corrupcion introducida en la moral de sus dependientes, y no comprenden que ellos son los principales cómplices de ello. Llamados por su posicion á ejercer una influencia benéfica sobre los obreros del campo, dejan que se les arrebate esa influencia por los soñadores ilusos de

una perfeccion social imposible, ó por los que utilizan estas ideas como elemento para sus fines de interés personal.

Si los propietarios se ocupasen pues mas de sus tierras; si en vez de pasar los inviernos en la vida disipada de las ciudades y los veranos en los viajes, en los baños y en las distracciones, visitasen mas sus posesiones, viviesen en ellas algunas temporadas y tomasen afición á la vida del campo, sus intereses mejorarian, y se estableceria sin molestia alguna su benéfico protectorado sobre los jornaleros, que es el mejor elemento para combatir los estravíos de las ideas comunistas. Y no se crea por esto que pretendemos hacer del propietario un labrador en toda la estension de la palabra. No; lo que les aconsejamos es que no mire sus campos como simples máquinas de producir dinero.

Si así se hiciese, quedaria planteado el medio principal de socorrer al pobre del campo. Desapareciendo su aislamiento con la vecindad y la compañía del propietario, surgiria entre ellos ese cambio y comercio de buenos sentimientos, tan conveniente para el individuo y para la sociedad. El pobre no se creeria abandonado viendo á su lado una persona capaz de atenderle en los dias de adversidad, y el propietario á su vez, teniendo á la vista las desdichas de un pobre que no puede serle indiferente, puesto que pasa su vida trabajando en el fomento de sus bienes, por poca que fuese su caridad no podria menos de emplearla en aliviar sus miserias.

Esta caridad, además de ser una virtud moral, sería para el propietario un manantial de puros placeres á que no podria menos de aficionarse. Cuando recorre sus posesiones, admirando la frondosidad del arbolado, el aspecto floreciente de la cosecha, y pensando en perfeccionar los medios del cultivo ó en aplicar á este el riego que puede proporcionársele, indudablemente experimenta una satisfaccion á que todo contribuye, hasta el aire higiénico y saludable de los campos. Esa satisfaccion, pues, sería mucho mayor si entre tales ocupaciones entrase tambien la de mejorar la condicion de sus obreros, visitar sus pobres moradas, fomentar la educacion de sus hijos, y acudir á su socorro en los dias de la enfermedad, ó en las huelgas forzosas á que les condena el rigor de las estaciones.

Cada paso dado en este camino, cada céntimo empleado en ese socorro, cada simple mirada compasiva sobre el pobre del campo, sería una semilla arrojada en buena tierra para producir el fruto deseado del bienestar del jornalero, y de sus buenas relaciones con el propietario, sostenidas por la caridad del uno y por la gratitud del otro.

Tambien contribuiría á mejorar la situacion de esta clase de po-

bres el fomento de las instituciones de crédito rural. En las ciudades el pobre tiene para un momento de apuro extremo el recurso del Monte de Piedad; en el campo falta esto, como faltan otras instituciones de socorro y de amparo. Sería pues utilísimo establecer pequeños Bancos, donde se prestase al labrador pobre y al jornalero, que siempre lo es, lo indispensable para sus necesidades extraordinarias, libertándolo de la usura desapiadada, que en el campo ejerce su influjo destructor mucho mas que en la ciudad, porque no tiene ni teme la rivalidad de la beneficencia.

En este punto tenemos ya algo muy util, que son los pósitos; institucion escelente en su origen, y que aunque algo viciada por abusos de administracion, es susceptible de prestar, y presta realmente, utilísimos servicios á los labradores de cortos recursos, dándoles dinero ó granos en la época de la siembra, para recobrarlos con escasísimo interés en la de la recoleccion. Sobre esa base podria irse fundando algo que reemplazase al Monte de Piedad y á las casas de préstamos de las grandes poblaciones.

Finalmente, el tercer elemento para mejorar la situacion de los pobres del campo, es la accion celosa de los Párrocos. Dada la sencillez de esos pobres, la influencia del Párroco es poderosa, es natural y es utilísima. Elejir, pues, para este cargo eclesiásticos celosos, que se inspiren en la santidad de su mision y no miren en ella un simple medio de mantenerse, y tenerlos bien dotados, sería facilitar á los pobres el refugio, único quizás que tienen en el dia, á donde acudir en la hora del infortunio. Un *buen Cura de aldea*, es un funcionario á quien debe mirarse y saludarse con el respeto debido á quien ejerce, con provecho de todos, el mas dulce y el mas útil de los apostolados, manteniendo además la fe religiosa y la moralidad de las costumbres, bases principales del bien de los pueblos.

Pero sobre todo, el medio mejor de llevar á los campos la caridad, que ya vemos con gusto difundirse en las grandes poblaciones, es que todos nos ocupemos algo de esos desdichados, que pensemos en ellos por lo mismo que no los tenemos á la vista, y que el Gobierno, las autoridades y los particulares apliquen á mejorar su situacion los recursos y los elementos que estén en la medida de la posicion oficial ó particular de cada uno.

Antonio Guerola.

PATRONATO DE LOS DIEZ.

Horas de prueba.

El Patronato de los Diez habia crecido mas de lo que se podia prudentemente esperar. Tres *decenas* se formaron en pocos dias, costó meses organizar la cuarta, pero luego en pocas semanas se instalaron hasta veinte. Los pobres bendecian á sus bienhechores, y nosotros á la Providencia. Aquel árbol á cuya sombra se guarecian algunos tristes consolados, crecia rápidamente, como si las lágrimas enjugadas y la llama de la caridad, le dieran riego sobrenatural y calor portentoso. Tal vez su crecimiento era demasiado rápido; tal vez lo rico de su follage no estaba en armonía con la robustez del tronco; tal vez necesitaba que la escarcha secase sus puntas, que el huracan tronchase sus ramas, para que se robusteciese mas y arraigase mejor.

La muerte, las vicisitudes humanas, las del tiempo presente, han mermado las filas de los asociados del Patronato, y algunos que podian dar, si no piden, se hallan en el caso de recibir. La esperiencia ha demostrado que no sobran *diez* para socorrer á una familia cuando sus individuos no pueden trabajar ó no encuentran trabajo, y decena hay que apenas cuenta hoy *cinco*. En tal situacion se ha hablado de *refundirse*, de completar las decenas disminuyendo su número; es decir, de abandonar algunas de las familias patrocinadas. ¿Cuáles deberán quedar en el desamparo, cuando la mas necesitada parece la que se quiere dejar? ¿Encomendaremos esta clasificacion á la suerte? ¿Escribiremos los nombres de nuestros pobres en un papel, los meteremos en una bolsa para que le saquen con un número como los soldados que se diezman, y que por su propia mano sacan la vida ó la muerte? ¿Qué mas muerte que verse en el desamparo y la miseria los que tuvieron pan y protectores?

Los asociados se han resistido á la *refundicion*; ningun visitador tiene ánimo para formar parte de un cuadro como el siguiente.

Es una boardilla. Una Señora llama; preguntan quién; á su voz conocida, una mujer corre á abrir; su semblante se anima, la expresion del contento aparece en él, acerca una silla, y aunque no tiene polvo, la limpia con su delantal. Sus cuatro hijos están allí; dos salen para el taller, uno para la escuela, la otra no saldrá ya mas: cuando pase los umbrales de la puerta la llevarán á la última mora-

da. Despues de algunas preguntas sobre la salud de la niña, la pobre lee en el semblante de la Señora alguna cosa que la aflige, y la pregunta.

—¿Está V. mala?

—No.

—¿Lo está alguna persona de su familia?

—Tampoco.

—¿Ha muerto alguien que V. quiere bien, ó le ha sucedido á V. algun contratiempo?

—Ninguno.

—¿Pues V. tiene alguna pena?

—Sí, una muy grande, Tomasa, hoy es el último dia que vengo á socorrer á V.

—¿Se va V. de Madrid?

—No.

—¿Han nombrado otra visitadora? ¡Dios mío, cuánto lo siento! La que venga será buena, ya lo creo, si no, no vendría á vernos, pero como no la conozco..... Una toma cariño á cualquiera con el trato, aunque no reciba bien; ¡que será habiendo recibido tanto! La Señora que venga Dios se lo pague, pero no puede sacarme de donde V. me sacó; no puede recojerme los hijos que estaban en la calle cuando yo estaba en el hospital; no puede buscarme casa y tenerme prevenida con sus camas para cuando yo saliese, y vestirnos, y calzarnos, y mantenernos á todos, enfermos como estábamos de aquel tifus que nos vino de miseria. Diga V. á los Señores de la Junta que no me cambien la visitadora; que V. ha hecho tanto por mí..... que yo he llorado mucho al saber que V. no volvería.....

—Si al menos viniera otra persona en mi lugar.....

—¿Cómo dice V.?

—Que no vendrá nadie, Tomasa, que cesa el socorro, porque habiendo disminuido el número de los que socorrian, ha sido necesario reducir el de las familias socorridas, y reflexionándolo muy detenidamente, ha parecido que V. es de las menos agobiadas.

Las lágrimas que derramaba la pobre cesaron, como devoradas por sus ojos, que se abrieron desmesuradamente; luego los bajó, y parecia que los fijaba en sus manos temblorosas; al fin miró á su interlocutora, y con voz trémula repitió sus últimas palabras.

—¡De las menos agobiadas!

—Si Tomasa, por grande que le parezca á V. su infortunio, hay otros mayores.

—Lo creo, sí, Señora, pero pronto me volveré á ver como estaba. Andrés, en lugar de ir á la escuela, irá á pedir limosna, y se hará un

pillo; los otros descalzos, desnudos y hambrientos, no podrán ir al taller, ni aprender oficio, ni ganar lo poquito que ganan. No pagaremos al casero, y nos echará, y mi pobre Celestina, que está tan malita, que ahora tiene médico sin pagar nada, y una botica de las mejores, donde pida las medicinas que pida me las dan de balde, y que en su gran desgana la andan VV. buscando el gusto, y la han mandado hasta jelaína y flan..... mi pobre Celestina irá á morir al hospital, donde ya he visto yo cómo se muere.....

Y la desolada madre solloza en el mayor desconsuelo.

El abandono de cualquiera de las familias que ampara el Patronato, daría lugar á una escena semejante ó mucho mas triste, porque hemos citado como muestra á una de las que por el momento están menos abrumadas.

Ninguna visitadora ni visitador, lo repetimos, tiene fuerza para llevar la desolacion allí donde llevaba el consuelo; nadie lo pretende tampoco; y la idea de *refundirse* se ha abandonado. La miseria en la proximidad del invierno, en circunstancias azarosas, nos acomete como un terrible enemigo que quiere apoderarse de nuestros pobres. No le abandonaremos ninguno; los cubriremos todos con nuestro corazon; pediremos auxilio á los que puedan darle; los llamaremos un dia y otro dia hasta que vengan, y vendrán, y los recibiremos con lágrimas de gratitud, diciéndoles: Benditos de Dios seais, porque si no la voluntad, estábamos á punto de que nos faltaran las fuerzas (1).

Concepcion Arenal.

GRATITUD.

Al Sr. D. Eugenio de Ochoa.

No sabemos si ha habido épocas, ó si las habrá, en que sea cosa frecuente que una persona emplee las dotes de su claro entendimiento, de su noble corazon y de su cultivada inteligencia, en recomendar al público un humilde escrito, sin otro móvil que creerlo

(1) Creemos conveniente recordar, que para pertenecer al Patronato de los Diez no es necesario trabajar personalmente; que basta dar al mes una limosna y dirigirse á la Redaccion de la VOZ DE LA CARIDAD, Dos Amigos, 10, 2.º izquierda.

Tambien nos parece oportuno advertir, que de los fondos sobrantes del periódico se ha auxiliado á algunas decenas, en especial para su instalacion, pero despues, y por regla general, necesitan vivir por sí, porque La VOZ DE LA CARIDAD tiene sus pobres, muy necesitados, que no puede abandonar.

útil. Si esos tiempos han existido, ó han de existir alguna vez, no hay duda que han sido ó serán unos tiempos benditos, y una ventura grande para los escritores de buena voluntad vivir en ellos. En los nuestros es cosa rara, que los que brillan con una alta reputacion, la vuelvan hácia los ignorados y oscuros, prestándoles de su luz, y señalándoles al aprecio público, como obreros asíduos en la difícil tarea de disminuir un poco los dolores humanos.

Esta buena suerte ha tenido LA VOZ DE LA CARIDAD, amorosamente recomendada al público por el Sr. D. Eugenio de Ochoa, en una carta dirigida á *La Ilustracion de Madrid*, inserta en el número correspondiente al 30 de setiembre próximo pasado, y de tal manera escrita, que con ser toda elogio, se lee por los indiferentes con tanto interés como si fuera censura. Librenos Dios de creer que merecemos todo el bien que de nosotros dice: la lágrima de compasion que cae sobre un escrito que la invoca, se forma del sentimiento del que escribió, unido al del que lee; y el Sr. Ochoa piensa que es obra nuestra, la que en gran parte corresponde á su propio corazon.

En nombre de los pobres, y en el suyo, los Redactores de LA VOZ DE LA CARIDAD que no le conocen personalmente ni son de él conocidos, le dan las gracias, no de esas que formula la cortesía, sino de las que salen del alma. Aunque su acento, dulce y armonioso para nosotros como la voz que consuela, se pierda entre las voces desacordes de las escitadas pasiones; aunque ni un socorro para nuestros pobres, ni un prosélito para nuestras ideas, ni una simpatía para nuestros sentimientos haya despertado su escrito, no será por eso inútil ¡oh! no. Los Redactores de LA VOZ DE LA CARIDAD no son héroes ni santos; son débiles é imperfectas criaturas, necesitadas de apoyo, y que sienten las fatigas del cansancio y las congojas del vacío. Cuando crean hallarle á su alrededor, recordarán las palabras del señor Ochoa, que algo se parecen á una bebida refrigerante, ofrecida á los que viajan por el desierto. Su carta es mas que un buen escrito, es una buena obra.

La Redaccion.

LA CUESTION SOCIAL.

CARTAS Á UN OBRERO.

Carta décima.

Apreciable Juan: Hoy trataremos de aquella miseria que es consecuencia de la imperfeccion del trabajador y del mal empleo del sala-

rio. La imperfeccion del trabajador puede ser efecto de *mala voluntad, ignorancia ó ineptitud natural*: esta última es inevitable, pero no es frecuente; la mas comun, sobre todo entre nosotros, es la ignorancia y la mala voluntad. El obrero no ha recibido buena educacion industrial; su maestro sabia poco y él sabe menos; la rutina y el descuido son los señores del taller, acompañados de cierta dosis de salvaje amor propio, que en vez de aspirar á la perfeccion, la desdeña. Las obras del artífice ignorante en su oficio son imperfectisimas; no pueden sostener la competencia con las mas perfectas que vienen del extranjero; y allí van á pagarlas muchos caudales, dejando sin trabajo al compatriota que no ofrece mas que toscos productos. Observa cualquier ramo de industria, por ejemplo la de *juguetes*. Compara los que por regla general se hacen en España y los que vienen del extranjero, y verás la razon de que salgan de nuestro pais muchos millones, nada mas que para entretener á los niños.

Ya sé que en la industria, como en todo, las cosas pequeñas están relacionadas con las grandes; ya sé que la imperfeccion de una muñeca y de un soldado de plomo, se enlaza con los estudios de la Universidad y la oratoria sagrada; ya sé que el obrero imperfecto no puede por sí solo llegar á la perfeccion, ni es el solo responsable de no alcanzarla, pero conviene que tú sepas que una parte de responsabilidad le cabe; que comprendas la insensatez ó la mala fe de los que te hablan tanto de *organizacion*, de *derecho* al trabajo, y nada de su *perfeccion*. Te escitan á que ganes mas, á que trabajes menos, no á que trabajes mejor; las telas de los vestidos de tus aduladores vienen del extranjero; en el extranjero se han hecho sus gemelos, su cadena, su reló, y la boquilla y la pipa en que fuman; hasta la fosforera y los palillos de los dientes: y sin notar este hecho ó prescindiendo de él, organizan propagandas políticas y sociales, establecen clubs y comités, y nada hacen para perfeccionar tu educacion industrial, sin la cual estarás siempre al borde de la miseria si no caes en su abismo, porque toda esta fraternidad verbal con que te aturden, no hará que te compren caro y malo, lo que un extranjero les vende barato y bueno.

Creo deber llamarte la atencion, sobre lo poco que hacen por darte pan los que parecen hacer mucho por darte derechos. Y cuenta con que yo tengo en mucho las teorías, y en muchísimo los derechos; pero la teoría de la riqueza sin trabajo inteligente, es absurda, y la de los derechos imposibles, perjudicialísima. Con un pocomenos de doctrinas políticas y sociales que te predicaran, y un poco mas que te enseñasen á leer, escribir, contar, elementos de geometría y de otras

ciencias aplicadas á las artes, tú saldrias mejor librado, y la sociedad progresaria mas. El trabajador moral é inteligente es elemento de progreso; el trabajador ignorante, soliviantado y levantisco, es elemento de motin.

En cuanto al trabajador imperfecto que lo es por su voluntad torcida, no hay mas recurso que enderezarla, y no veo para ello otro medio que los principios religiosos y morales, que individualistas y socialistas suelen tratar con desden. Mira las cosas de cerca, Juan, cómo pasan debajo del sol, cómo pasarán siempre, porque el mundo económico tiene sus leyes eternas como el mundo físico, y si te obstinas en no hacer perfecta tu obra, nunca serás retribuido como el obrero que trabaja mejor. Si no tienes un sentimiento religioso; si no quieres ser perfecto *como tu Padre Celestial*; si no tienes un sentimiento moral; si la idea de lo que debes á los tuyos y de lo que necesitas tú mismo, no te estimula á dar á tu obra aquella perfeccion que puedes darle, y sin la cual no te dará pan, ignoro á qué medio puede recurrirse para que no caigas en la miseria.

Aunque el trabajador sea hábil y esté bien retribuido, no dejará de ser miserable él y su familia, si emplea mal su salario.

Puede ser solamente *ligero* y despilfarrar en cosas supérfluas, lo que ha menester para las necesarias.

Puede ser *vicioso*, y llevar á la taberna el fruto de su trabajo.

Puede ser *criminal*, y emplear en el garito ó en sostener relaciones ilícitas, los recursos que necesitan sus hijos para comer.

Repasa tu memoria, y recordarás al punto gran número de trabajadores hábiles y bien pagados, que tienen á su familia sumida en la miseria, y son miserables ellos mismos por el mal empleo de su jornal. Puede darse como regla, que cuando un trabajador gana mucho en un oficio que exige poco arte, cuando tiene mucho dinero y poca educacion, se hace vicioso, y por consiguiente miserable. Hay ocupaciones muy retribuidas, ejercidas por hombres groseros que se degradan, convirtiéndose en un plantel de miserables; y ahí tienes, Juan, cómo el aumento de salario sin aumento de moralidad, es aumento de vicio y camino de miseria; y ahí tienes cómo todas las cuestiones en que entra el hombre, aunque sean económicas, son en parte religiosas y morales; y ahí tienes cómo el obrero no es una máquina que puede asegurarse que funcionará bien dándole cierta cantidad de agua, de carbon y de grasa; y ahí tienes cómo el salario es una parte del problema, pero no es todo el problema, para el bienestar del trabajador.

Concepcion Arenal.